

Mónica se había deslizado contra la silla larga, y sentada en la alfombra como un perrito familiar, acariciaba con la palma de la mano el cobertor de pieles cuyo contacto sedoso le producía un leve estremecimiento entre ambos hombros. Esto era algo inquietante, y le gustaba á ella.

—Señora—dijo,—¿sabe usted una cosa?

Las ideas de Mónica eran con frecuencia originales: Hortensia la escuchó con bondad.

—Debiera usted tutearme—le dijo.—Usted ha tuteado á Huberto cuando la servía, ¿es que yo no la sirvo á usted tan bien como él?

Hortensia se sonrió. No, Mónica se forjaba ilusiones: jamás reemplazaría á Huberto en su servicio; pero era inútil decírselo.

—¡Me causaría tanto placer eso! diga usted, señora, se lo ruego.

—¡Sea!—contestó Hortensia sonriendo.—Después de todo, será más cómodo.

Mónica incorporándose sobre sus rodillas, asió la mano de Hortensia, que besó repetidas veces.

—¡Oh, señorita!—dijo,—¡cuánto la quiero, ay, cuánto la quiero á usted!

Aquella explosión sorprendió algo á la señora Dunois, que no se la esperaba: hasta entonces, la reserva de su servidora no se la había dejado prever.

—¿Tanto me quieres?—le dijo.—Ten cuidado con no quererme demasiado: ya sabes que las personas que se empieza por quererlas mucho, se acaba, á veces por no quererlas bastante.

—Señora: no hay peligro de eso. ¡Usted es tan buena, y tan hermosa... y tan buena!—repitió, como si aquella palabra resumiera todos sus sentimientos para con su ama.

—Bueno, basta—le dijo ésta sonriendo.—Ve á divertirme: hoy es día de fiesta: déjame.

Mónica se retiró casi bailando de gusto, y Hortensia se quedó sola con las rosas blancas que se habían ani-

mado y que esparcían por la tibia atmósfera su delicado perfume.

## X

—¡Mónica!

La joven se volvió al oírse llamar: el señor Dunois subía detrás de ella la escalera alfombrada, y no había sentido sus pasos.

—¡Señor!—le contestó.

El seguía subiendo, y como ella se encontrara más alta, él le cosquilleó en las pantorrillas con la contera del bastón. Mónica permaneció imperturbable.

—Estás muy bien con tus faldas cortas—le dijo él,—y tienes unos pies muy bonitos, pero llevas unos zapatos muy feos.

—Son buenos para cuando hace mal tiempo—contestó ella,—no se moja una los pies.

—Pero resultan feos en casa. Además, hacen ruido.

El la había alcanzado: ella siguió subiendo los escalones de dos en dos, y pronto llegó á la meseta.

—No debías llevar eso—insistió Dunois paseando la contera del bastón en torno del pie de la joven, bien arqueado sobre la alfombra.

—No soy bastante rica para comprar calzado fino—contestó ella con algún mal humor.

—¿Lo crees así? ¡Lo que es la avaricia! ¿Y el ser bonita no vale nada?

—¿Es que no soy bonita tal como voy?—preguntó audazmente Mónica.

Dunois se echó á reír.

No era la primera vez que le ponía una vara á la joven, como se suele decir: al principio, ella no se había atrevido á contestar; después se animó, y luego, que la virtud lugareña no repugnaba aquellos escarceos

de pura coquetería en los cuales se avaloraba.

—¿No te permitiría tu novio llevar calzado fino como tu dices?—le preguntó Dunois.

—¡Mi novio!... Pues bien: si se metiera en eso y me quisiera prohibir algo, perdería el tiempo—dijo Mónica.

—Tanto más cuanto que aquí no verá él nada ¿no es eso? ¿De qué número gastas el calzado?

—Del treinta y cuatro.

Dunois sacó del bolsillo una moneda de oro.

—Toma—le dijo;—para que compres calzado fino. Mónica lo miró desdeñosamente.

—Yo no tomo más que mis honorarios y los aguinaldos. La señora me ha pagado el mes, y aún faltan seis semanas para el primero de Enero.

Dunois se quedó muy corrido con la moneda en la mano.

—¡La dignidad!—exclamó tratando de sonreír.— ¡Oh!... pero, Mónica ¿gastas muchos humos!

Ella fué á entrar en las habitaciones, pero el la detuvo asiéndola de un brazo.

—¿Para qué me quiere usted?—le preguntó ella en voz algo alta.

El le dió un beso en el cuello en el sitio en que los cabellos se rizaban.

—Para eso—dijo,—y ahora, ya puedes marcharte. He hecho un buen negocio.

Se colocó de una manera ostensible en el bolsillo el luis de oro, y pasó delante. Mónica lo vió entrar, con semblante muy disgustado.

—Me encocora ese señor—pensó ella;—si no fuera el marido de mi señorita, hace tiempo que lo hubiera puesto á raya.

Sí, pero no lo ponía á raya: la verdad es que ella estaba á la vez fastidiada de la corte que le hacía su amo, y halagada por las flores que le dirigía.

La habían cortejado en el pueblo, y no le asustaba un poco de coqueteo. No temía en modo alguno los amores rústicos, y había tenido, de otra parte, pocas

ocasiones de defenderse de ellos. No había que contar con Marín Bonami, porque éste no era un novio ordinario, sino el prometido, casi un marido.

Era admirable cómo, desde lejos, Marín se parecía á un marido. Las truhanerías de las gentes de la casa no habían contribuído poco á aquella metamórfosis. Hortensia había dicho, en un principio, que quería que se respetasen los inocentes esponsales de su nueva servidora, y aquel deseo fué obedecido en la cocina; pero la malicia humana no abdica sus derechos y había hecho uso de ellos exagerando los derechos de Marín y los deberes de Mónica.

Siempre que se hablaba de amorcillos, simulaban, para respetar los oídos de la joven, irse á cuchichear por los rincones. El ayuda de cámara del señor no había olvidado la estocada que le valió á Mónica el apodo de Pico de Oro; nunca le había hecho la corte, pero observaba con perversa marrullería, que sólo necesitaba un pretexto para traducirse en actos. Entretanto, una de sus malicias era formar el vacío en torno de la joven para que ésta no tuviese á nadie con quien hablar. Desde su entrada en la casa sólo un hombre había mirado á Mónica con ojos humanos, y aquel hombre era su amo.

Ella lo juzgaba hermoso; olía bien; tenía las manos blancas y las uñas relucientes; sus vestidos eran elegantes y finos; la puerta del cuarto tocador, entreabierta cuando ella pasaba, dejaba entrever cosas extraordinarias, capillas de marfil, útiles de plata, un gran baño lleno de agua perfumada...

El tocador de la señora no era menos suntuoso, pero ella era una mujer, y, además, era su «señorita» para la cual nada era bastante hermoso: para un hombre, tal exceso de refinamiento y de elegancia era, en verdad, muy extraño.

En el espíritu pesquisidor de Mónica había ido infiltrándose por grados la curiosidad en lo relativo á aquel amo que la miraba de cierto modo, como si él tuviera á

su vez curiosidad respecto á ella. A veces sentía los ojos azules y risueños del señor Dunois deslizarse por debajo de su fichú ó pasar alrededor de su talle como si la desnudara, y aunque ella se ponía encarnada por la cólera, nada podía hacer.

Su orgullo de aldeana libre se revolvía contra aquellos modales de señor libertino. ¿Se figuraba él tenerla á discreción suya como cosa comprada, y que no tenía mas que ponerle los ojos tiernos para que ella se considerase muy honrada con ello?

Luego, y poco á poco, fué cambiando su modo de ver, y se sintió halagada de la atención que le dispensaba aquel hombre, probablemente acostumbrado á tratar con señoras elegantes y ricas. Se fijó en él, lo encontró hermoso, y se enorgulleció de ser el objeto de sus atenciones.

Al lado de aquel sentimiento de vanidad, experimentaba una obsesión dolorosa: ambas impresiones iban juntas y producían en ella cierta irritación.

No se trataba de Marín, no. Marín no tenía nada que ver con aquello: él estaba allá, trabajando en su finca; le escribía de vez en cuando; ella le contestaba; y se casarían pasados tres años: de aquella parte todo estaba en regla.

La inquietud que la atormentaba era á propósito de su «señorita». ¿Qué diría ésta si llegara á saber con qué ojos la miraba su marido? Es seguro que se incomodaría y que tendría un gran disgusto. Sin embargo, Mónica no podía hacer nada en ello... ¿Podía impedir que el señor Dunois le bailase el agua cuando la encontraba en las escaleras ó en las habitaciones? Tampoco. ¿Que la besara como acababa de hacerlo? Era muy difícil... Si ella se ponía seria, él se burlaría de ella y volvería á empezar. Lo mejor era hacer como que no ponía atención en ello.

Entretanto, Mónica estaba turbada y, sin dejar de comprender que debía hacer algo, ó no sabía, ó no quería saber lo que debía hacer.

En vez de entrar en las habitaciones, siguió subiendo escaleras y se sentó en el tercer piso en el interior de una gran ventana acristalada que proyectaba una luz muy viva sobre la meseta y hasta el fondo de los corredores, donde se abrían, á uno y otro lado, numerosas puertas de habitaciones, ocupadas por dependientes y criados.

En aquella hora de la tarde, la casa, enteramente tranquila y silenciosa, pertenecía á la joven, á quien gustaba recorrerla de arriba abajo. Los criados estaban, ó en la cocina ó callejeando, la señora Dunois ocupada en recibir visitas, los empleados en sus negocios y el señor Dunois en la Bolsa.

En efecto: á poco oyó Mónica que se abría una puerta, luego los pasos del amo bajando la escalera; al conserje abrir y cerrar la puerta exterior, y por último, una gran puerta de cristales que separaba el vestíbulo de la escalera, tras de lo cual, todo quedó en silencio.

Mónica dirigió una mirada hacia fuera: los árboles, desnudos de hojas, eran agitados por el viento de otoño; la lluvia corría por las negras y lucientes ramas, y el mar debía romper contra las rocas á lo largo del acantilado, allá en Champcey.

Una ráfaga hizo crugir la ventana, y el viento frío produjo en la joven un estremecimiento. De pronto recordó el sitio en que se había sentado con Marín el día que cortaban los helechos del señor Mahaut; el mar debía cubrir entonces aquel sitio, y las mariposas blancas de la espuma de las olas, debían volar muy altas, hasta por encima de los avellanos, y caer quizá en el pequeño lavadero en donde ella y él se habían estado contemplando á la luz de la luna...

Mónica, conmovida, buscó en su bolsillo y sacó de él un sobre sucio, carcomido en los extremos, y se puso á leer muy despacio, como si aprendiera de memoria las palabras trazadas por una mano torpe y poco cuidadosa de la ortografía.

«Esta es para decirte, Mónica mía, que estoy desde

San Dionisio en la finca de las Landas, y que estoy en ella tan bien como uno puede estarlo fuera de su casa. Lo que me causa más disgusto es no poder ver el mar. Cuando estaba en mi casa y me aburría de no verte, bajaba á la costa é iba á sentarme en las piedras, allá abajo: me figuraba que tú estabas allí también, y que el viento se llevaba mi murria. Aquí, en lo alto de la landa, no se ve más que el cielo, y este cielo es triste. Es seguro que tú piensas en mí, porque yo no hago más que pensar en tí; pero es una desgracia que yo no sepa cuándo, y que nuestros pensamientos no se encuentren. Escríbeme para que yo sepa si tienes tanto disgusto por estar lejos de mí, como lo tengo yo por estar lejos de tí: me causará mucho placer el saberlo. Tu Marín por toda la vida».

Mónica había leído ya muchas veces aquella carta, y entonces le pareció comprenderla como no la había comprendido aún. ¿Era porque tenía aquel recuerdo del mar, del que Marín le hablaba? ¿Era porque sentía remordimiento por haber relegado tan lejos en su imaginación al triste novio, desterrado en la mala finca donde nada le recordaba su país?

Volvió á doblar la carta que se guardó de nuevo en el bolsillo, y corrió á su habitación.

Entró, se sentó ante su mesita, y con un lapiz que tenía en el cajón, escribió una larga carta cuyos renglones irregulares se iban subiendo por la derecha como si quisieran escalar la página.

«Mí querido Marín: He pensado en el mar hoy, y, como tú, me fastidia no ver más que cielo y tierra. Estoy triste al saber que tú lo estás de no verme, y, sin embargo, si no lo estuvieras, me parece que yo lo sentiría.»

Mónica escribía, escribía, escribía amontonando las frases unas sobre otras, en su deseo de expresar á la vez cien ideas confusas, embrolladas en su cabeza. Hablaba de la señora Hortensia, pero no del señor Dunois; de Huberto, de aquel «malvado pillastre» que tenía la

presunción de creerse algo, y de Fermín, el criado á quien había metido en cintura con sus salidas; en fin, de toda la casa.

«Tranquilízate, mi pobre Marín,—decía,—no tengo galanes: esta es una casa demasiado pacífica para eso, y yo no salgo nunca».

¿Por qué había sentido la necesidad de tranquilizar á Marín que no había demostrado tener celos? ¿Por qué se había puesto encarnada al escribir aquellas líneas? ¿Por qué vaciló en el momento de firmar su larga y difusa carta?

Dió fin, por último, á aquella faena complicada y notando que declinaba el día, pensó en el quinqué del cuarto de su señora.

Con la carta en la mano bajó corriendo los dos pisos que la separaban del departamento de su señora.

En el momento de ir á entrar, se abrió la puerta del departamento del señor Dunois, situado enfrente de aquel, y apareció en ella el dueño, que había vuelto á entrar minutos antes.

Llevaba en la mano un paquetito atado, y al ver á Mónica, que se volvió con el semblante algo inquieto como de persona que se ha retrasado, él le sonrió con aquella sonrisa chancera que la joven conocía tanto, que no le agradaba, y que la fascinaba sin embargo.

—¿Qué llevas ahí?—le preguntó al ver la carta, en la que no había escrito la dirección por falta de tinta.

—Una carta.

—¿De tu buen amigo?

—Soy yo quien le escribo á mi novio—contestó Mónica irguiéndose.

La palabra de que se había valido su amo la había molestado.

—¿A tu novio?—repitió él, sin dejar de sonreír,—veámosla. ¡Dichoso novio! ¿y qué es lo que le dices?

Y extendió la mano para coger la carta, pero Mónica retrocedió y abrió al mismo tiempo la puerta del departamento de su ama.

Dunois permaneció en la meseta sin alterarse.

—¡Dichoso novio!—repetió.

Mónica lo miraba con enojo: le hubiera pegado de buena gana.

—¿Y os casaréis dentro de tres años?

—Menos tres meses—dijo la joven desafiando su mirada.

—¡Tres años menos tres meses! Entonces tienes tiempo de sobra para romper de aquí á entonces muchos pares de zapatos, aun cuando estos fueran más fuertes y más feos que los que llevas.

Entretanto, hacía oscilar entre sus dedos el paquetito que tenía pendiente de ellos. Mónica permanecía en el umbral furiosa é indignada no sabiendo qué decir. El se acercó á ella y la empujó suavemente al interior.

—Entra, pues—le dijo.—¿Son los gatos los que te han enseñado á permanecer así en las puertas? ¿No sabes que hay un dicho que dice: Es preciso que toda puerta esté abierta ó cerrada?

Ella había resistido algo por desconfianza, por puntillo; pero él pareció no haberlo observado.

—Me alegraría que me despidiese—pensó Mónica.—¡Si yo le dijese una impertinencia!

Pero pensando al mismo tiempo que sería darle un disgusto á su señora, contuvo sus veleidades.

Dunois había abierto ya la puerta del cuarto de su mujer.

—¡Cómo, sin luz!—dijo,—no se ve en tu cuarto ni gota.

—Es que aun no ha traído Mónica el quinqué—dijo Hortensia.

—Creo que le estaba escribiendo á su novio y es natural que le parezca corto el tiempo—dijo él con su voz chancera.

Mónica lo oyó por la entreabierta puerta de la habitación, y se apresuró á reparar su descuido, pero le temblaban las manos y se sentía torpe. Sin embargo, no tardó en aparecer con el quinqué encendido.

—¡Gracias á Dios!—dijo Dunois con su acento de hombre de bien.—Adivina, Hortensia, lo que te traigo.

Y hacía balancear el paquetito, cuidadosamente envuelto.

—No sé adivinar—le contestó ella sonriendo.

—Mónica: dame unas tijeras—dijo Dunois tranquilamente.

La joven se acercó con unas tijeras en la mano. Dunois cortó el cordón, y sin precipitarse desenvolvió un par de zapatitos muy hermosos.

Eran dos zapatos sencillos de cabritilla negra con lacitos de cinta: no tenían de notable más que la perfección de la forma y la excelencia del material.

—¡Vaya una idea!—exclamó Hortensia riéndose.—¡Zapatos á mí, que no ando!

—No dejas de dar algunos pasos por la habitación—replicó su marido,—y siendo así, ¿por qué no traerte este calzado?

—Es verdad ¿por qué no?—dijo su mujer, mirando y dando vuelta á uno de los zapatos entre sus dedos.—Son muy bonitos; pero ¿cómo te ha dado esa ocurrencia?

—Viéndolos en un escaparate—contestó con naturalidad—

Mónica se puso encarnada hasta las orejas y se arrojó sobre la chimenea para arreglar el fuego. Su amo examinaba la curva elegante de su cuerpecito delicado al inclinarse sobre la llama. Marín la había admirado también así, en la misma posición, pero con placer menos refinado, porque Marín no era inteligente en ello.

Los troncos se encendieron, y Mónica se incorporó y se miró los pies, metidos en el basto calzado del país.

—Di: ¿no te molesta esa chica con los zapatones que lleva?—preguntó Dunois á su mujer.

—Ya me he acostumbrado á ello—repuso ésta bondadosamente.

—Mónica, hija mía—le dijo el señor Dunois,—será preciso que renuncies á tus botas de gendarme.

Lágrimas, arrancadas por el orgullo herido, empañaron los ojos de la joven, que, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta y se marchó.

—Le has dado un disgusto—dijo Hortensia con ligero acento de reproche.

—¿Lo crees tú así? lo sentiría: le doy alguna que otra broma porque resulta rara con sus maneras lugareñas; pero no quisiera afligirla. Ya buscaré la manera de reparar el daño.

Permaneció allí media hora más, mostrándose amable y comunicativo, y luego se fué á comer al círculo.

Al subir Mónica á su cuarto por la noche, encontró sobre su cama un paquete atado, exactamente parecido al que el señor Dunois hacía oscilar en la meseta pendiente de un dedo. Lo abrió algo emocionada. Contenía un par de zapatos exactamente iguales á los de Hortensia. Ambas tenían el mismo pie, aunque la señora Dunois era mucho más alta que su servidora.

—¡Iguales á los de la señora!—pensó Mónica, en tanto que una oleada de orgullo la ponía encarnada;— ¡completamente iguales!

Examinó el calzado, vacilante é inquieta: algo le decía que no lo debía admitir, que no lo debía mirar, que no se lo debía probar, sobre todo...

Después de algunos minutos hizo un ligero y resuelto ademán. Sacó de su cómoda un hermoso par de medias, y se las puso lentamente, estirándolas con cuidado para que no hiciesen arrugas; después se puso los zapatos, colocó la bujía en el suelo, recogió con ambas manos los pliegues de la falda que le impedían ver, y examinó sus bonitos pies tan graciosamente aprisionados por la cabritilla lustrosa y los lazos...

—¡Iguales á los de la señora!—dijo una vez más.

Una ola de malos pensamientos, orgullo, vanidad satisfecha, codicia de bienes hasta entonces despreciados, desdén hacia el pasado, brusca sed de satisfacciones nuevas, invadió el cerebro de la joven.

Poco á poco se fué desnudando en su fría habita-

## Biblioteca popular

- \* **L'Assemmoir (La Taberna)** por Emilio Zola. Un tomo de 268 páginas, traducción cuidadosamente corregida. 2 ptas.
- \* **Los tres mosqueteros**, por Alejandro Dumas. Un tomo de 480 páginas, traducción esmerada. . . . . 2'50 »
- \* **Veinte años después** (continuación), de unas 600 páginas, traducción esmeradamente corregida. . . . . 3 »
- \* **Sin suerte** (*Historia de un niño perdido*), por el vizconde Ponson du Terrail. Interesantísima novela, escrupulosamente traducida de la 23ª edición francesa. Un tomo de unas 350 páginas. 2 ptas.
- \* **Los pequeños poemas**, por R. Campoamor. Un tomo de 240 páginas, conteniendo 20 poemas, primorosamente ilustrados por Cabrinetty. . . . . 1'50 »
- \* **Doloras y Humoradas**, por R. Campoamor. Un tomo de 264 páginas, con hermosas ilustraciones. . . . . 1'50 »
- La vuelta al mundo en ochenta días**, por Julio Verne. Un volumen de 144 páginas. . . . . 1 »
- De la tierra á la luna**, por Julio Verne. . . . . 1 »
- Cinco semanas en Globo**, por Julio Verne. . . . . 1 »
- \* **Los Miserables**, por Victor Hugo. Tres tomos. . . . . 6 »

De los tomos marcados con un \* hay ejemplares encuadernados á la inglesa, aumentando su precio pesetas 0'50.

cioncita, cuya estrecha ventana sacudía el viento; luego colocó los zapatos nuevos sobre la cómoda para verlos el día siguiente en cuanto abriera los ojos, y apagó la luz, con pesar.

—¡Iguales á los de la señora! fué el último pensamiento que tuvo al dormirse, y que flotó toda la noche en su intranquilo sueño.

## XI

Los zapatos con que Mónica apareció calzada al día siguiente, causaron una revolución en la cocina. Toinette refunfuñó contra la juventud de la época, que no se priva de ningún lujo, mientras que la de antes, con gustos modestos, conservaba toda clase de virtudes. Mónica no se daba por entendida, pero se preguntaba, sin embargo, con cierta inquietud, qué diría de ello su señora.

Esta, con gran sorpresa de la joven, se sonrió al verla y miró con satisfacción el elegante calzado de su sirvienta, á la vez que la cumplimentaba por él. Dunois había tenido la previsión de decirle á su mujer aquella mañana, que él, de su propia autoridad, había remplazado los zapatones por zapatos finos para que el andar de la muchacha no molestara el delicado oído de la enferma.

Hortensia había aceptado aquella explicación como gracioso obsequio rendido á ella, y una palabra suya dirigida á Toinette contuvo los refunfuños de esta, con lo que todo pareció entrar en la pacífica rutina de todos los días.

Mónica estaba profundamente trastornada. Se había operado un cambio en su vida. El tentador había dado con el lado flaco de aquella naturaleza obscura. Un obsequio de dinero, la hubiera escandalizado: un regalo